

La formación Militar del Rey Felipe II

José Luis GONZALO SÁNCHEZ MOLERO*

1. Su aprendizaje social

Raro es el biógrafo del Felipe II que no haya dedicado un capítulo a destacar las diferencias existentes, tanto de carácter personal, como de talante político, entre el Rey Prudente y su imperial progenitor. Y a este respecto, donde más se incide es habitualmente en el tema militar. Mientras que Carlos V se sentía tanto o más soldado que estadista, a su hijo no le gustaba la guerra, y después de la experiencia dolorosa del saqueo de San Quintín, nunca más se le vio en el fragor del combate, limitándose a presencias institucionales en la Guerra de las Alpujarras y en la Campaña de Portugal. No obstante, las circunstancias políticas de aquel «siglo agitado» obligaron a Felipe II a desarrollar uno de los programas belicistas más ambiciosos de la época. Es por lo que en él resulta difícil conciliar al monarca horrorizado de San Quintín, que pronunciara aquella célebre y triste frase: «¿Y de esto gustaba mi padre?», con el rey «prudente» que se empeñó en diseñar la estrategia de la empresa de Inglaterra, con los resultados ya conocidos. Pero ambos tienen un punto en común, en los dos casos Felipe II se nos revela como un estratega mediocre, un caudillo burócrata que no sabía del arte militar más que lo que sus eternos papeles le ponían ante los ojos, en la calidez de su despacho. El fue un estadista, no un soldado, y como estadista debe ser valorado su papel en la Historia militar española.

Esto es bien sabido, y en honor a la concisión y la claridad, resulta innecesario hacer una larga digresión acerca de ello. Sin embargo, a nuestro entender, no se ha profundizado lo suficiente sobre el punto concreto de las relaciones de Felipe II con el arte de la guerra; punto, por otra parte, insoslayable si se quiere comprender la gestión que el Monarca desempeñó de la relevante política militar realizada durante su reinado. Este será nuestro objetivo en las siguientes páginas. No pretendemos agotar todo lo que se podría escribir sobre este asunto. Sólo nos proponemos averiguar de qué modo la materia militar influyó en su aprendizaje social y educación, así como en su preparación política, mientras fue Gobernador de España. Quizá de esta manera se puedan comprender algunas motivaciones del escaso protagonismo

* Socio Numerario de la AAMM.

personal del Rey en las hazañas bélicas de su época. En esta línea, debe señalarse desde un principio que Felipe II no careció de formación militar. Resulta insostenible, pues, la hipótesis de que su falta de ardor bélico se debió a una ausencia de virtudes militares en su infancia y juventud, descrita no en pocas ocasiones como triste, ermitaña y enfermiza. Muy al contrario, y como veremos en las páginas siguientes, desde muy pequeño Felipe fue mentalizado, instruido y educado no sólo para ser un buen cristiano, sino también para ser un buen caballero y un buen guerrero, siguiendo el ejemplo de su padre. Que el resultado final no se correspondiera con el objetivo final trazado no debe sorprender: el modelo era demasiado elevado, y probablemente irrepetible, pero es precisamente en las características de esa formación militar de Felipe II donde debemos iniciar nuestra investigación, tratando de buscar en ellas las razones de su escaso protagonismo militar en la Historia.

A este fin, hemos de distinguir en la formación militar de Felipe II tres facetas, que se complementan e incluso confunden entre sí, pero que el necesario rigor explicativo nos exige establecer. La primera faceta se circunscribe a lo que los sociólogos denominan proceso de socialización, entendido como el aprendizaje de origen netamente social que se desarrolla fuera del estricto ámbito de la escuela; la segunda faceta se restringe precisamente a la educación del Príncipe, como aprendizaje desarrollado en la escuela; y la tercera se refiere a su proceso de instrucción política, su aprendizaje del gobierno mientras fue Lugarteniente de los reinos de España entre 1543 y 1548. Por cuestión del limitado espacio del que disponemos, en este primer artículo abordaremos sólo el primer aspecto: la influencia del aprendizaje social en la formación militar del hijo de Carlos V, su contenido, su evolución y sus frutos, o consecuencias, dejando los otros dos para ocasión futura.

En este proceso de aprendizaje social siempre estuvo presente la tarea de formar al futuro rey en un determinado espíritu militar, tan necesario para él mismo como para la comunidad. Criado durante sus primeros años, como era habitual en la época, entre mujeres, y después, al cumplir los seis o siete años de edad, entre hombres, el joven Felipe recibió en todo momento una constante instrucción guerrera. En este proceso, las mujeres no fueron meras observadoras, sino que, muy al contrario, actuaron como inductoras del niño hacia las distintas actividades y formas de sociabilidad cortesanas que, por su carácter, implicaban un paso previo para su formación militar. De este modo, tanto la Emperatriz como sus damas promocionaron en el Príncipe un tempranísimo gusto por la equitación: «El Príncipe fue con S. M. y anduvo en su mulica sólo y hallóse muy bien»¹; reirán a Felipe sus primeros pasitos a lomos de un machito, como cuando el Príncipe salió de esta guisa por las calles de Toledo, en medio de la alegría popular, «diciendo a S. M. (la Emperatriz) cosas para reir y muy alegre de verse caualgando»², y atendiendo a su vez sus ansiosas demandas de jinete neófito: «agora anda muy sano y muy

¹ March. Niñez y juventud de Felipe II. Documentos inéditos sobre su educación civil, literaria y religiosa y su iniciación al gobierno (1527-1547). I, p. 47. Pedro González de Mendoza a Carlos V (Ocaña, 30 abril 1531?)

² *Ibidem.* I, p. 48. González de Mendoza a Carlos V (Illescas, 20 mayo 1531?).

bueno y siempre pidiendo si le ha enviado V. M. caballos, mulas o brincos»³; o se divertirán vistiéndole un capote de monte y animándole a cazar con una pequeña ballesta:

El Príncipe está muy contento con un sayo y capote de monte que tiene; pide cada día a la Emperatriz, nuestra señora, que vaya a Aranzuez, y con este vestido y una ballesta que tiene amenaza tanto a los venados que me parece que cuando V. M. venga no hallará ya que matar⁴.

La transición del príncipe Felipe desde un espacio integrado fundamentalmente por mujeres hacia otro, notoriamente varonil encontró su primera expresión formal en el rito de la ordenación caballeresca. En 1533, nada más desembarcar en Barcelona, Carlos V decidió otorgar el Toisón de Oro a su hijo. Escribe Pedro Girón:

El día de San Felipe y Santiago dio S. M. la Orden del Tusón al Serenísimo Príncipe don Felipe, su hijo, y al Duque don Fernando, Duque que se llamava de Calabria, marido de la Reina Germana, y a don Pero Hernández de Velasco, Conde estable (sic) de Castilla, y a don Francisco de Çũñiga, Conde de Miranda⁵.

Un siglo después, Sandoval también destaca este hecho, ampliando la información:

Este año (como dije), a 3 de diciembre (de 1531), tuvo el Emperador capítulo en la ciudad de Tornay con los caballeros del Tusón, y eligió veinte y cuatro caballeros, pero no dio sino diez collares, y los otros catorce llevólos consigo para darlos en Alemaña, España y Italia; y después, en el año 1533, dió uno de estos collares del Tusón al príncipe don Filipe, su hijo siendo niño de seis años, como lo escribió de su mano el rey Católico en el libro iluminado que hay de esta caballería y yo lo he visto⁶.

La ordenación como caballero significaba un paso fundamental en la vida de toda persona regia, y esto explica la atención que prestan los cronistas a este hecho en la infancia del futuro Felipe II. No en vano, estamos hablando de una sociedad que leía con avidez una literatura caballeresca en la que los Amadises y los Palmerines eran siempre príncipes, hijos de reyes y emperadores. Imagen literaria que tenía una base real. Como recoge Hugo de Celso en su *Repertorio de leyes* (1547): «El emperador no deue ser consagrado, ni coronado emperador; ni el rey coronado hasta que sea armado cauallero»⁷. Asimismo, el rito, y su simbología, eran importantes (en la Memoria de las cosas de oro y plata y demás cosas que el Príncipe poseía en

³ *Ibidem.* I, p. 122. Leonor de Castro a Carlos V (c. 1530).

⁴ *Ibidem.* I, p. 123. Leonor de Castro a Carlos V (c. 1530).

⁵ Girón. *Crónica del emperador Carlos V.* (Madrid, 1964), p. 31.

⁶ Sandoval, Prudencio. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.* (Madrid, 1955). BAE 81, II, p. 430a.

⁷ Celso, Hugo de. *Repertorio de las leyes de todos los Reynos de Castilla.* (Valladolid, Juan de Villaquiran, 1547), fol. CXXVIII.

1535, ocupan el primer lugar un collar de oro del Toisón, una cadenilla de oro con otro vellocino de la Orden, y otro Toisón pequeño sin cadenilla)⁸. Pero más lo era la concreción de su significado. La virilización del Príncipe que suponía su unguimiento como miembro de la Orden del Toisón exigía que el Príncipe fuera tratado como tal y que él mismo se comportara con arreglo a su dignidad y a su sexo —si es que éstos eran elementos separables—. Esto suponía que se debería emprender la tarea de iniciarle en las formas adultas de la vida cortesana, labor que pasaba necesariamente por que las mujeres, que hasta ese momento le habían criado, fueran sustituidas por hombres, a quienes en realidad competía la enseñanza de las artes de la Corte y el encauzamiento de la masculinidad de un Príncipe, que ya no podía ser considerado como un niño carente de responsabilidades. En resumen, había que virilizar el entorno cortesano de Felipe y por ende, a él mismo. El primer paso concreto en este sentido fue la elección de Juan Martínez Silíceo, en 1534, como maestro del Príncipe, nombramiento que supuso el principio de la entrega de Felipe al cuidado de hombres. Pero era la elección del ayo la que realmente indicaba el paso del niño desde un espacio femenino a otro masculino. A este respecto, Francisco de Monzón distingue los diferentes papeles que maestro y ayo debían tener en la formación de los príncipes:

«Conuiene que el principe tenga dos personas que le enseñen cosas diversas: vn maestro que le abeze letras y buenas costumbres, y vn ayo que le industrie en militares y galanes exercicios, y assí o se impidiran el vno al otro; y son estos dos tan necesarios, quanta necesidad ay que el principe sea dotado de aquellas partes, porque cosa contrahecha seria ver a vn clerigo graue docto (qual se requiere que sea el maestro del principe) abezarle a esgremir y a dançar y a caualgar a cauallo; y tambien no seria muy decoro [sic] que vn cauallero lego (qual es bien que sea el ayo) le esté enseñando de deuociones e piedades, sino que cada vno le abeze el oficio que pertenesce a su persona y estado»⁹.

Esta distinción entre «abezar» e «industrialiar» nos permite comprender la importancia del ayo en toda socialización cortesana, y nos sitúa en su justo lugar la designación como ayo del Príncipe en don Juan de Zúñiga (1490-1546). Hijo menor de Pedro de Zúñiga y Velasco, segundo Conde de Miranda, y de Catalina de Velasco, su carrera cortesana al lado de Carlos V fue fulgurante. En 1515 fue nombrado su camarlengo, en 1517 recibió la encomienda de Membrilla, en 1524 fue nombrado capitán de los alabarderos de la guardia del Emperador, y en 1526 contrajo ventajoso matrimonio con Estefanía de Requesens, rica heredera catalana¹⁰. Comendador Mayor en Castilla de la Orden de Santiago, era el hombre adecuado para dirigir la formación militar del futuro Felipe II.

⁸ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 7.º, fol. 1.º

⁹ Monzón, Francisco de. Libro primero del espejo del príncipe christiano. (Lisboa, 1544), fol. XVIr.

¹⁰ Fernández de Retana, Luis. *España en tiempo de Felipe II*. (Madrid, 1976). Apud Menéndez Pidal, Ramón. *Historia de España*. XVII, 1, p. 89.

Es de destacar que una de las primeras apariciones públicas del Príncipe con su nuevo ayo se diera en un torneo. Armado caballero, la participación del Príncipe en torneos y justas adquirió un valor socializador muy importante. Sin duda, Felipe debía ser instruido en aquellas artes en que solían serlo los hijos de buena familia, y más el futuro soberano. No en vano, en la vida de la Corte era muy habitual que, mientras los padres justaban y torneaban, sus hijos asistieran como espectadores a las evoluciones caballerescas de sus progenitores, instruyéndose así en el significado de las leyes de la caballería y de su código de honor. Una verdadera legión de niños deambulaba entre las tiendas, los establos y las gradas, algunos como simples espectadores, otros como escuderos de un caballero, otros como pajes de algún gran señor, y unos pocos, como Felipe, o su primo Filiberto de Saboya, ocupando sus lugares respectivos como infantiles caballeros. Cuando se habla de los torneos, siempre se cita al Rey, a los caballeros mantenedores y a las damas, pero se olvida a los niños, futuros caballeros que, en un claro ejemplo de aprendizaje social, aprendían de los adultos y comentaban entre sí las incidencias de los festejos cortesanos.

Sabemos que la primera vez que el Príncipe estuvo presente en una justa fue en Madrid, el 23 de noviembre de 1534, y que acudió acompañado de Luis de Requesens, entonces su paje. Ambos eran de la misma edad, y Estefanía de Requesens nos proporciona en una de sus cartas una tierna estampa del aprendizaje militar de los dos: «*vuy [Luis] anirá a la justa ab lo Príncipe, y dèyenli si justavem en Barcelona y ell a dit que sí y ab llances més greses que aquestes*»¹¹. Evidentemente, el conocimiento que Luis podía tener de este dato era anecdótico, pero nos revela el contenido de unas conversaciones infantiles, cuyo valor socializador no puede ser pasado por alto. El 19 de enero de 1535 volvió a celebrarse un torneo, en el que participó el Emperador, «y con él muchos cavalleros que serían más de ciento de entramas partes»¹². Felipe también debió de estar presente, pues unas semanas después tuvo lugar su «bautismo de hierro» como caballero, actuando como padrino de su primo, el Príncipe de Piamonte. Cuenta Girón que el 31 de enero se dispuso en la plaza de Madrid «una muy solemne justa». El capitán de uno de los bandos era el del Conde de Benavente, y en él salió el Emperador. El otro bando iba capitaneado por el citado Príncipe de Piamonte, «que no avie más de diez o doze años». Junto con él, y apadrinándole, se dispuso que Felipe hiciera su primera aparición en una fiesta caballerisca:

Dende a poco vino el caballerizo mayor del Conde de Benavente vestido de blanco y tras él doze pajes vestidos de blanco en doze caballos del Conde y, otrosí, el teniente del caballerizo dél. Luego vino el Conde y sus onze compañeros y después vino el Príncipe con los suyos. Venía con el Príncipe de Piamonte el señor Príncipe don Felipe, hijo del Emperador y Emperatriz nuestros señores, en una hacanea y puestas unas grevas. Traía la lança al Príncipe su primo. Sería de siete

¹¹ March. *Niñez y juventud*, op. cit., II, p. 200. Estefanía a la Condesa de Palmaos (Madrid, 23-noviembre-1534).

¹² Girón. *Crónica del emperador Carlos V.*, op. cit., p. 49.

años y andava en ocho. Justó el primero S. M. con el Príncipe de Piamonte dos carreras y quebró el Príncipe una lanza y el Emperador no lo encontró, porque no convenía, aunque abaxava la lanca. Después el Príncipe se apartó y quedaron los justadores, que lo hicieron muy bien. Llevó el precio la parte del Príncipe de Piamonte, y las plumas blancas que traíen los del Conde las pusieron otro día y aquella noche los de la parte del Príncipe¹³.

En el epistolario de Estefanía de Requesens también se encuentra huella de esta justa. El evento cortesano tuvo gran importancia, tanta, que la dama catalana comenta a su madre:

Sa Majestat no a volgut firmar en estos dies; tan ocupat està en estos consultes y consells, y també en una justa que se fa diumenge, és cosa bien important¹⁴.

Evidentemente, la iniciación caballeresca de su hijo y de su sobrino preocupaba mucho a un Carlos V, cuyo perfil caballeresco ha sido destacado de una manera muy especial por todos sus biógrafos. La narración que doña Estefanía hace del festejo no difiere de la ofrecida por Girón, si bien nos señala la primera intervención de Zúñiga en la formación militar del Príncipe:

El Príncipe (de Saboya) corregué ses llanses y rompén una primeta; y a ell no lo contraven, que encara feya massa. Lo Príncipe, nostre senyor, [Felipe] fou son padrí, y donà la volta per la tela ab ell; y don Juan, mon senyor, lo portà y comensà a usar de son ofici; placía a Deu que per a molt anys a son servey¹⁵.

En consonancia con los deseos de su esposa, Juan de Zúñiga no descuidó la formación militar del joven Felipe, al que pronto instruyó en los ejercicios propios de su dignidad y que la vida cortesana exigía (la equitación, la caza, la esgrima, etc), prácticas que Monzón denominara como «militares y galanes ejercicios». Era éste un aprendizaje instrumental, que masculinizaba al niño y que era el prolegómeno necesario a su participación en justas, cacerías y torneos. Mientras el Príncipe dedicaba las mañanas al estudio, con el fresco de la tarde llegaba el momento de los ejercicios físicos, siempre bajo la atenta dirección de su ayo. El primer aspecto en el que se denota este cambio es en la equitación. El adiestramiento del cuerpo era un arte social, que se realizaba en público y preparaba a los jóvenes de la elite para la vida cortesana y la milicia¹⁶.

Lentamente, Felipe había ido progresando en el tamaño de sus monturas. A principios de 1535 Felipe montaba ya hacaneas y doña Estefanía tiene que escribir a Valencia que no envíen una mula desde que el Príncipe iba a caballo:

¹³ *Ibidem*, p. 50.

¹⁴ March. Niñez y juventud, *Op. cit.*, II, p. 209. Estefanía a la condesa de Palamós (Madrid, 31-enero-1535).

¹⁵ *Ibidem*, II, p. 211.

¹⁶ Revel, Jacques. «Los usos de la civilidad». Apud Aries, P. /Duby, G. *Historia de la vida privada*. (Madrid, 1992), 5, p. 201.

A Badia pot dir vostra senyoria que no cure de enviar la mula, que no poria servir per a res; que Lloyset ni ningú no gosa anar sino ab caball y lo Príncep a donat les sues mules a la Infanta, porque no cavalca sino en caball y alguna volta en aca; de manera ue así seria cosa perdida y aquí la pot emplear ab algú¹⁷.

Montar a caballo era un signo de masculinidad y de dignidad fundamental en la sociedad de la época. Sin embargo, no debemos creer que ya por estas fechas el Príncipe anduviera frecuentemente a caballo, y ni mucho menos que fuera él quien sostenía las riendas. En realidad sus primeros pinitos hípicos se desarrollaron en un picadero, y, si salía de paseo al campo, eran otros quienes conducían su montura. En febrero ya se ocupaba Zúñiga de adiestrarle en montar caballos de mediana alzada. Sin embargo, durante todo un año, a Felipe sólo se le permitió seguir montando hacas o caballos pequeños, de acuerdo con el poco vigor corporal que un niño de ocho años podía mostrar, pero ya en febrero de 1536 escribe Zúñiga a Carlos V:

Está [el Príncipe] más gordo que a estado después que yo le conozco, y aunque según su disposición podría caualgar en cauallos mayores que los de hasta aquí, acuérdaseme que me mandó V. Mgt. que no le pusiésemos cauallos hasta que V. Mgt. viniese, porque las primeras vezes quería V. Mgt. que fuese en su presencia porque tomase buena postura. Ve a V. Mgt. sy manda que se espere su bien aaventurada venida para esto¹⁸.

Que Carlos V se quisiera reservar la tarea de dirigir las clases de equitación de su hijo nos da la medida de la importancia que daba a este aspecto de la formación de su hijo. Pero, consciente el Emperador de que su regreso a España se demoraría, y que este retraso no debía interponerse en la formación de su hijo, responde a Zúñiga:

En lo que consultays sy el Príncipe caualgará a cauallo antes de mi buelta a esos reynos, me parece que será bien y es ya tiempo que caualgue en ellos; pero mirad que los cauallos en que caualgare sean mansos y bien acondicionados hasta que tenga más fuerça para gouernarlos¹⁹.

A finales de julio Zúñiga informa al César que ya «entendemos en buscar cauallos para Su Alteza con las calidades de V. Mgt. manda, y en tanto caualga en una haca grande de Su Mgt. que es muy mansa y de buen cuerpo»²⁰. Y en septiembre Juan de Acuña, maestresala del Príncipe, compraba un caballo para Felipe²¹. A principios de 1537 figuran ya en las cuentas del Príncipe una larga lista de pagos a Gutierrez de la Huerta, como guarnicionero de la Emperatriz, por ciertas guarniciones, aderezos y sillas que había proporcionado para sus caballos²². No será

¹⁷ March. Niñez y juventud, *op. cit.* II, p. 218. Estefanía a la Condesa de Palmaos (Madrid, 25-febrero-1535).

¹⁸ *Ibidem.* I, p. 231. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 24-febrero-1536).

¹⁹ *Ibidem.* I, p. 126. Carlos V a Zuñiga (s. l., s. a., c. 1536).

²⁰ *Ibidem.* I, p. 233. Zuñiga a Carlos V (Valladolid, 15-julio-1536).

²¹ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.º, fol. 15v.

²² AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.º, fol. 22r-v.

extraño durante estos años ver al Príncipe cabalgando junto con su padre, aunque la mayor parte de los viajes los hará siempre en litera.

Tras el ejercicio de la equitación, el de la caza formaba también parte indisoluble de la formación militar de las élites. Definida en numerosas ocasiones como un «deporte regio», no tiene nada de extraño que al tiempo que a Felipe se le mentalizaba a gustar de la montura caballar, se le incitara al ejercicio cinegético. Pero habrá que esperar a 1536 para que el Príncipe inicie el aprendizaje de tiro con la ballesta, el arma básica de la cinegética cortesana. No hemos encontrado datos que avalen la asistencia de Felipe a cacerías en los años anteriores, quizá porque este era un ejercicio peligroso, nada recomendable para un niño de corta edad. Pero en 1537, entre los escasos oficios que se acrecientan en la Casa del Príncipe, se incluye el de mozo de ballesta, que se asentó en Juan de Serojas, maestro balletero. Su cometido era el de comprar armas de caza, arreglarlas y responder por ellas, al tiempo que acompañaba al Príncipe en las cacerías y ejercicios de tiro que hiciera. El 24 de marzo de 1537 mandaba Zúñiga librar a Juan Serojas 50 ducados por dos ballestas» y otras cosas» que había hecho para el servicio del Príncipe²³. Su oficio convirtió a Serojas, en la práctica, en el maestro de caza de Felipe, pues aunque Zúñiga supervisara las actividades venatorias de Felipe, no cabe duda de que descargaría algunas de sus responsabilidades en el mozo de ballesta que era al fin y al cabo quien le cargaba el arma e, incluso, quien se la sostuviera a la hora de ejercitarse en su disparo. No en vano, dice de este oficio y del de mozo de espuelas Fernández de Oviedo que

tienen mucho aparexo, quando son ombres de buena agilidad, para medrar y ser mas que otros, a caussa dela conversaçión y familiaridad que con el prinçipe es forçado que tengan en los caminos y caças y monterias; y açiertan algunos dellos a seruir tan bien, que de aquel offiçio passan a otros mas onrados y prouechossos enla cassa real, y se les hazen mercedes, y tienen lugar para pedir las y hauerlas en muchos tiempos²⁴.

La otra materia en la que el Príncipe debía ejercitarse se refiere al uso de las armas propias del caballero, como la espada, la daga, la lanza de justar y, como no, la propia armadura. El aprendizaje por Felipe de las artes de la esgrima y de la justa fue muy temprano. No en vano, en 1535 tenía ya «vn arnes cumplido de todas pieças, en vn caxon», armadura infantil que en 1536 tuvo que regalar a su paje Carlos de Borja, «porque ya no armaua a su alteza, que le venía muy pequeño»²⁵. Según afirma M.^a Teresa Ruiz Alcón, fue el maestro armero alemán Desiderio Colmán quien labró armaduras para Felipe desde que era niño, de las que al menos una pudiera conservarse hoy en la Real Armería de Madrid²⁶. A principios de 1537 se pagaba a

²³ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.º, fol. 24 v.

²⁴ Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Libro de la Cámara real del Príncipe Don Juan e ofiçios de su Casa e seruicio ordinario*. (Madrid, 1870), p. 96.

²⁵ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 7.º, fol. 21r.

²⁶ Ruiz Alcón, M.^a Teresa. «Armaduras infantiles en el palacio de Oriente». *Reales Sitios*, 10 (1966), p. 44.

Antonio Ruiz «por vna guarnición de espada con vnos serafines labrada al rromano que doró», y a Francisco de Valladolid y Juan Ramírez por otras espadas y dagas²⁷. Era, sin duda, el momento de que Felipe se dotara de todo aquello que necesitaba un buen caballero en la vida cortesana. Y si el Príncipe ceñía a su cinto espada, cabe suponer que daba ya alguna clase de esgrima. Como recuerda Fernández Oviedo, en la Casa del príncipe don Juan había un maestro de esgrima para que le instruyera en el manejo de las armas:

Otro offiçio ouo enla cassa del Príncipe, mi señor, nesçesario en su edad adolesçente, que era vn esgremidor e maestro de armas, mançebo diestro enellas, de buenas partes, quele enseñó a jugar de armas, ques cosa nesçesaria para soltar los mancebos e para hazer mas entendida e diestra la persona, e que sepa menear el espada quando el caso lo ofrezca, e qualquiera otra arma diferenciada que a la mano le venga; e conozca los tiempos e terminos que se deuen saber para gouernar las armas e aprouecharse dellas²⁸.

Aunque Oviedo cita este oficio entre aquellos que «suele aver e son nesçesarios en la cassa real», no hemos encontrado que en la Casa del Príncipe se asentara un maestro de esgrima, al menos no hasta 1548, y entonces, referido ya sólo a la instrucción de los pajes, esta ausencia se explica, en nuestra opinión, porque en 1537 Carlos V decidió dejar la instrucción de su hijo, en materia tan importante, a cargo del propio maestro de esgrima de su Corte, cierto Maestre Gaspar. Así parece deducirse del contenido de una petición que hacia 1546 elevaron al Príncipe el dicho Maestre Gaspar, esgrimidor del Emperador, Peti Juan, encargado de la armería de Valladolid, y Alonso Rodríguez, herrador. En ella recuerdan que hacía cuatro años que el Emperador les había mandado que quedaran al servicio de Felipe en su Caballeriza, y protestan que durante este tiempo nunca se les había dado la libre acostumbra, ni siquiera «luto quando falliesio la prinçesa nuestra señora», por lo que se sentían agraviados²⁹.

Las clases prácticas que sobre las artes de la guerra recibiera el joven Felipe, encontraban una vertiente distinta, aunque complementaria, en sus juguetes y en sus juegos. Es bien conocida la gran importancia que el juego tiene en todo proceso de aprendizaje, y no parece, pues, necesario destacar aquí su valor socializador. El papel del juego no era tampoco desconocido para las mujeres o para los hombres que criaron al futuro Felipe II. Muy al contrario, sus juguetes y sus juegos iban encaminados a favorecer en él la asunción de unos determinados roles sociales, para la que sólo la asistencia a los festejos de los adultos o el aprendizaje instrumental de determinados ejercicios corporales no eran suficientes. El juguete, tan antiguo como la Humanidad, tuvo por ello en el desarrollo del aprendizaje socio-cortesano de Felipe un papel primordial. A cierta edad, a todos los niños, lo que más le gusta hacer es imitar lo que ven hacer a los mayores, por eso normalmente prefieren los juguetes que les ayuden a practicar las acti-

²⁷ AGS. CSR. Leg. 36. FOL 8.º, fol. 22r.

²⁸ Fernández de Oviedo. *Libro de la Cámara real*, op. cit., p. 167

²⁹ AGS. CSR. Leg. 31. fol. 12.º, s/f. Memoriales (1546-1548).

vidades de aquéllos. Tratados como adultos en miniatura desde muy pequeños, esta prematura madurez, inducida por la mentalidad de la época, se traducía en unos juegos infantiles que casi exclusivamente iban encaminados a imitar el mundo de los adultos, sobre todo en la Corte, donde los hijos de los reyes y de los nobles asistían a una forma de vida sumamente reglamentada y «adulta».

El estudio de las «bujerías» con las que el príncipe Felipe holgaba nos revela la fuerte imitación del mundo caballeresco y militar que en ellos se daba. Entre las cosas de oro, plata, joyas y vestidos que el Príncipe poseía entre 1535 y 1537 figuran puñales, dagas y espaditas doradas, junto a un caballero armado de plata con todas las piezas de su arnés, y un caballo de plata para el mismo, con su silla, frenos y estribos, regalo del Conde de Nassau, así como «vna pieça de artilleria pequeña de bronze, encaualgada en su carretón», y «seys pieçeçicas de artilleria pequeñitas doradas que dio don antonio Osorio, hijo de la condesa de lemos, a su alteza, en Valladolid por el mes de setiembre [de 1536]»³⁰. Llama la atención entre estos juguetes, el caballero de plata, que cabe suponer serviría para familiarizar a Felipe con el arnés para justar y guerrar que veía lucir a su padre y a los cortesanos. El caballero y su montura fueron regalados al tiempo que el Príncipe iniciaba su instrucción en el manejo de las armas, pues el 28 de diciembre de 1537 Juan de Zúñiga mandaba librar a Antonio de Rojas, camarero del Príncipe,

çient ducados de oro que son para dar a vn aleman armero del emperador por vn cauallo de madera encobertado con cubiertas de azero doradas y ençima del cauallo un cauallero de madera armado de todas pieças que presentó a su alteza³¹.

Los armeros alemanes de los Habsburgo se habían especializado en la confección de estos pequeños juguetes bélicos. En el *Weisskuning* se retrata a un Maximiliano I, niño, jugando con un cañón, una ballesta, un arco y diversas maquetas de justear. Y asimismo, se consideran como juguetes de Maximiliano dos torneadores a caballo, hechos de bronce y fijados a dos plataformas con ruedas, que se podían hacer ir uno contra el otro, tirando de unas cuerdas hasta que con sus lanzas los jinetes impactaban y se derribaban³².

El contenido socializador de estos juguetes se trasladaba a los juegos y demás actividades lúdicas que el Príncipe protagonizó durante estos años junto con sus pajes. Era éste un aprendizaje colectivo, a través del cual Felipe era instruido en la caza, la justa y la guerra tanto como aprendiendo a disparar la ballesta, montar un caballo o blandir la espada. Y así era entendido. De esta manera, los juegos relacionados con la caza figuran pronto en la infancia de Felipe, quien, como ya sabemos, con sólo cuatro años ya jugaba a imaginarias monterías con un capote de monte y con una pequeña ballesta, animado por las damas de su madre. Llegado a la puericia, estos juegos cinegéticos se hicieron más complejos. Por un lado, el aprendizaje del uso de

³⁰ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 7.^o, ff. 1v, 2r, 9r-v, 21r.

³¹ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.^o, [fol. 56r]

³² Reid, William. *Historia de las Armas*. (Madrid, 1987), p. 51.

la ballesta llevaba consigo el entrenamiento del tiro, primero sobre dianas, después sobre animales inmovilizados, actividad que no tendría poco de lúdica; y por otro lado, estos juegos debían ayudar sobre todo a familiarizar al Príncipe con el mundo de la caza. El 21 de mayo de 1537, con ocasión de su cumpleaños, se organizó una corrida de bueyes para júbilo del joven Felipe, y toda la chiquillería cortesana³³. En este tipo de corridas se enfrentaban bueyes con perros alanos, en una diversión que remedaba las lides de la caza. Asimismo, no era inhabitual que desde los cotos reales se enviaran a la Corte alimañas para que el Príncipe se entretuviera no sólo con su vista, sino también con su muerte. En 1540, Juan de Castilla informaba a Carlos V de que en vista de que las raposas hacían daño en la cría de los gamos, jabalís y conejos, había encontrado un hombre que las cazaba

con un artificio, y hasta agora a tomado XX y a buelta de ellas dos martas tan grandes como gatos, las quales enbio al Principe bivas y tambien VIII o X raposas para que Su Alteza se holgase de verlas matar a unos sabuesos pequeños que tiene³⁴.

El mundo de las justas y de los torneos también se trasladará a los juegos del príncipe Felipe. Ya en 1531 Pedro González de Mendoza narra a Carlos V cómo su hijo jugaba a los torneos con los pajes de la Emperatriz: «Su pasatiempo es ordenar justas a los niños, y las lanzas son velas encendidas, y paran los encuentros en el doctor Villalobos, donde vienen a morir»³⁵. Quizá el César al leer estas líneas recordara sus propios juegos de la infancia, cuando se divertía jugando a los torneos, montando él y sus pajes en toneles como si fueran corceles, tal y como se retrata en las láminas miniadas del Breviario Grimani³⁶. Estas justas infantiles ocuparon también un gran espacio entre los juegos del futuro Felipe II en los años siguientes. Ya en octubre de 1535 doña Estefanía escribe a su madre la pena que tiene de que no haya podido ver a *Lloyset* corriendo la sortija, pues lo hizo muy bien³⁷, circunstancia que hace suponer que estas corridas de sortijas empezaban ya a ser habituales entre los juegos del Príncipe. Dos meses después doña Estefanía disculpa que su marido no escribiera con ella «*perquè juguen vuy la sortija y ala de veure lo Príncipe, y Lloyset també està ocupat en la festa*»³⁸. Estas corridas de sortijas, que consistían en ensartar con una lanza una sortija o anilla suspendida de un hilo, eran juego de habilidad, que requería no sólo destreza en el manejo de la lanza y buen pulso, sino también ser buen jinete. En ellas el Príncipe y los pajes de la Emperatriz remedaban el mundo de los adultos, aunque por su edad y para evitar accidentes, todavía no se les permitiera correr a caballo:

³³ March. *Niñez y juventud*, op. cit., II, p. 338. Estefanía a la Condesa de Palamós (Valladolid, 21-mayo-1537).

³⁴ AGS. CSR. Leg. 50, fol. 215.

³⁵ March. *Niñez y juventud*, op. cit. I, p. 46. González de Mendoza a Carlos V. (s. l, s. a. ¿1531?).

³⁶ Ariés, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. (Madrid, 1987), p. 133.

³⁷ March. *Niñez y juventud*. II, p. 274. Estefanía a la Condesa de Palamós (Madrid, 25-octubre-1535).

³⁸ *Ibidem*. II, p. 286. Estefanía a la Condesa de Palamós (Madrid, 8-diciembre-1535).

[Lloyset] està en la festa que feu lo Príncipe después ayr, que corregeren la sortija a peu en lo hort de palasio ab ses llances, conformes a la disposició del cavallers. Fou mantenedor lo Príncipe y los aventurers foren trenta, que ningú pasava de dotze anys. Sa Altesa guanyá un pris y Lloyset no en guanyà ningú, però feo millor que molts altres majors que ell. Anaven tots molts galants; vinguéls a veure tota la cort, que sert era alegría de veure tan bella companya³⁹.

El 4 de mayo de 1537, según escribe doña Estefanía, «*feu lo Príncipe una festa de un torneig de minyons*»⁴⁰, que debió de ser un festejo infantil de mayor envergadura; y el 21, con ocasión de su cumpleaños, se organizó una corrida de bueyes y un juego de capas para que el Príncipe y toda la chiquillería cortesana festejaran tan grato acontecimiento⁴¹. Debe notarse que todas estas actividades lúdicas del Príncipe no sólo eran públicas, con asistencia de la Corte, sino que además corrían paralelas con las que su padre organizó en Valladolid durante todo el año 1537; justas, saraos, torneos y escaramuzas a las que asistió siempre Felipe, acompañado de su hermana María. De este modo, los festejos de los adultos encontraban un reflejo mimético en el de los niños, y lo que era más importante, se imbuía en el joven Príncipe el necesario espíritu militar.

A este fin, los ejercicios y los juegos se veían completados por una constante presión social, dirigida a mentalizar en el heredero el necesario espíritu militar. Un espíritu que la vida ceremonial de la Corte imponía con insistencia. El once de julio de 1535, y acompañado por el Príncipe de Piamonte, Felipe encabezó la procesión que toda la Corte hizo para ganar el jubileo que en ese domingo había convocado el Papa para todos aquellos que «rogasen a Dios por el Emperador y porque le diese victoria contra los moros» de Túnez⁴². Tales ardores bélicos infantiles no deben ser interpretados como una insustancia de la niñez. Muy al contrario, entre los jóvenes de la Corte se había extendido la noticia de que el Duque de Alba había partido con su hijo pequeño a la campaña, gesto épico que Vermeyen retrató en uno de los cartones de su serie de tapices sobre la conquista de la ciudad africana⁴³. No es de extrañar que un sentimiento de emulación se extendiera a toda la chiquillería de la Corte y al propio Felipe. A esta temprana edad, Zúñiga se complace en escribir al Emperador, con motivo de la toma de la Goleta: «El Sor. Príncipe está muy bueno y tan alegre de esta nueva como lo podría estar otro que tuviese más edad, y a acordado de escribir a V. Mgt. una carta de su letra y nota»⁴⁴.

Incluso los bufones bien podrían servir a esta tarea, dando a sus chanzas un efecto corrector e instructor. Al ingenio del médico de la Emperatriz, Francisco de Villalobos, amigo de truha-

³⁹ *Ibidem*, op. cit. II, p. 330. Estefanía a la Condesa de Palamós (Valladolid, 10-abril-1537).

⁴⁰ *Ibidem*. II, p. 335. Estefanía a la Condesa de Palamós (Valladolid, 5-mayo-1537).

⁴¹ *Ibidem*. II, p. 338. Estefanía a la Condesa de Palamós (Valladolid, 21-mayo-1537).

⁴² Girón. *Crónica del emperador*, op. cit., p. 57

⁴³ Nos referimos al titulado «Revista de las tropas en Barcelona» (Cat. PN. S. 13/2), en el que figura un niño armado a caballo, y que en ningún caso es un paje del Duque de Alba o el Infante de Portugal, como se ha venido creyendo (vid Tapices y Armaduras del Renacimiento. *Joyas de las colecciones Reales* (Barcelona, 1992), p. 74, sino su hijo García de Toledo, entonces de cinco años.

⁴⁴ March, op. cit., I, p. 227. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 25-agosto-1535).

nes y medio bufón él mismo, se le atribuyen algunas anécdotas que, relacionadas con Felipe, parecen incidir precisamente en esta línea. No olvidemos que era a Villalobos a quién venían «a morir» el hijo del Emperador y sus pajes cuando jugaban a tornear con velones de cera en 1531. Así, Luis de Pinedo cuenta en su libro de chistes que el príncipe Felipe, siendo pequeño, durante una corrida de toros en la Corredera de Valladolid, se estremeció ante la arremetida de un toro. La Emperatriz, muy acongojada dijo: «Por cierto que temo que este niño ha de ser cobarde». A lo que respondió el doctor Villalobos: «No tenga V. M. miedo, que en verdad cuando era yo pequeño que era el mayor judihuelo de la vida, y de cada cosa temía, y ahora ya veis lo que hago, que no dejo nadie que no mate». Argumento como éste no sólo era suficiente para tranquilizar a la Emperatriz, sino más aún al propio Felipe, temeroso de ser considerado un cobarde «judihuelo». Los chascarrillos de Villalobos no eran, pues, tan inocentes o sin sentido como pudiera parecer. Asimismo, es de destacar que entre 1537 y 1540 se libraron numerosos pagos por ropas⁴⁵ y diversos objetos⁴⁶ para cierto «Jerónimo el Turco» o «turquillo», probablemente el primer bufón que tuvo Felipe II. Es muy probable que el apodo otomano de esta sabandija del Príncipe estuviera relacionado con la nueva amenaza turca que se manifestó a mediados de 1537, cuando se supo que desde Costantinopla había zarpado una poderosa flota. El espíritu de Cruzada que se había apoderado de la Corte explicaría muy bien los apodos recibidos por el «Turquillo» («turco» se empleaba en sentido despectivo, como bellaco), al tiempo que nos señalarían el papel socializador que este truhán ejerció sobre el hijo del Emperador. Su presencia al lado de Felipe era, sin duda, una sutil manera de imbuir en él un espíritu de cruzada a través del juego de la burla.

En diciembre de 1536 Carlos V regresó a España, y en Valladolid dieron comienzo grandes fiestas y torneos, que, a lo largo de todo el año de 1537, permitieron a Felipe ser espectador de todo un mundo propio de los libros de Caballerías. El 19 de marzo de 1537, Carlos V ordenó hacer una gentil justa para honrar y festejar a su cuñado, el infante Luis de Aviz, y terminada la Cuaresma, el tercer domingo después de Pascua, celebró un torneo a pie, en que él mismo torneó y al que asistió su familia: «En entrando S. M. entraron los manetendores. La Emperatriz nuestra señora y el Príncipe don Felipe y la Infanta doña María estavan a una ventana, y las damas a las otras de palatio»⁴⁷. El esquema de esta justa se asemeja mucho al juego de sortija que el 8 de abril de 1537 hicieron el Príncipe, como uno de los mantenedores, y el resto de sus pajes como aventureros, y según narra Girón: «El Emperador y la Emperatriz estuvieron en una ventana mirando la justa. El Emperador no se sentó; siempre estuvo en pie echado de pechos sobre la rexa de la ventana, que era media rexa. El Príncipe y la Infanta estuvieron allí, y las damas por las otras ventanas»⁴⁸. Entre los aventureros estuvieron con su cuadrilla Luis Enríquez, Conde de Módice. Había distintos premios para aquel caballero que mejor justase

⁴⁵ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.º, [fols. 111-112 y 145v].

⁴⁶ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 8.º, [fol. 139 r].

⁴⁷ Girón. *Crónica del emperador Carlos V*, op. cit., p. 102.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 105.

con la lanza, o con la espada, y que saliese más galán. Probablemente fue por algún lance de esta justa por lo que el Príncipe regaló «en Valladolid» al conde Módica una daga dorada⁴⁹.

Eran éstos gestos que tenían una trascendencia muy importante, ya que presentaban al Príncipe como un miembro destacado en la vida de la Corte y como un actor esencial en las ceremonias de la realeza, separado cada vez más del mundo de las mujeres. Así, la víspera de San Juan, el Emperador se fue a dormir a la casa de campo de Galbán Boneseny, junto a Valladolid, acompañado de su hijo, que por primera vez dormía fuera de la Casa de la Emperatriz. El motivo de esta momentánea separación fue preparar la participación de Felipe en la solemne fiesta que para el día siguiente, 25 de junio, había dispuesto Carlos V. Por la mañana fueron a buscar al Emperador y al Príncipe un gran número de nobles y caballeros, para entrar en lucido cortejo a Valladolid. Iba el Príncipe vestido de blanco, a caballo y con su propio cortejo de «hasta treinta o quarenta niños, hijos de señores y cavalleros, pajes suyos y de la Emperatriz, vestidos de la misma color»⁵⁰. En la puerta del Campo de Valladolid el Emperador y su séquito escaramuzaron con otros muchos caballeros vestidos de turcos, y después marcharon hasta palacio, para que la Emperatriz también les viera escaramuzar. Por la tarde hubo toros y un juego de cañas que Felipe fue a ver, acompañado de la Emperatriz y de su hermana María.

De este modo, vemos cómo, al tiempo que Felipe crece y madura, el ritmo de su aprendizaje se incrementa y va transluciendo con ello su mayor integración en todas aquellas actividades varoniles y cortesanas que antes, o le estaban vedadas por su corta edad, o a las que asistía como mero espectador, o en las que se había ejercitado de modo muy superficial. Este último era el caso de la equitación. Desde julio de 1539, en que su Casa dispuso de Caballeriza propia, los gastos en caballos se incrementaron. Así, el 9 de julio se trajo una yegua alazana, y el día 22 se tomaron de la caballeriza del Emperador un caballo hobero, llamado Medina, y una yegua hobera⁵¹. En los meses siguientes más caballos fueron adquiridos para engrosar las todavía exiguas caballerizas de su hijo: el 8 de septiembre se trajo un caballo polaco⁵², el día 20 se compró «otro cavallo de caza»⁵³, y el 29 de septiembre se entregó otro caballo del César, llamado «Prorejo». En octubre de 1539 se señala en las cuentas de la Caballeriza principesca la entrada de un «balaco ruçio», que Monsieur de Conde había regalado a Felipe, y la salida del caballo Medina, regalado por el Príncipe al embajador francés, y del caballo Prorejo, devuelto a las cuadras imperiales⁵⁴. En noviembre murió el balaco castaño, de manera que, a finales de 1539 Felipe tenía cuatro caballos: la yegua hobera, la alazana, el balaco rucio y el caballo de caza.

⁴⁹ AGS. CSR. Leg. 36. fol. 7.^o, fol. 1v.

⁵⁰ Girón. *Crónica del emperador*, op. cit., p. 108.

⁵¹ AGS. CSR. Leg. 60. fol. 999r.

⁵² AGS. CSR. Leg. 60. fol. 1002r.

⁵³ AGS. CSR. Leg. 60. fol. 1002v.

⁵⁴ AGS. CSR. Leg. 60. fol. 1004v.

Aunque Zúñiga señala que en 1540 el Príncipe viajaba a los cotos en litera, una vez allí sólo montaba a caballo, a veces con tanto entusiasmo que cansaba a los demás: «Fue y vino en litera [de Madrid a Aranjuez], pero anduuo en el monte a cauallo bien seys oras, que a él no se le hizieron dos y a mí más de doze»⁵⁵. Al año siguiente, el cronista Ocampo narra cómo el Príncipe ganó la joya en una sortija que se corrió para celebrar la boda del Duque de Sesa, «y con mucha razon porque verdaderamente lo hizo mejor que nadie aunque niño de catorze años y en cauallo muy malo del qual jamas se quiso apeaar ni mudar a otro hasta que lo sojuzgo y amanso e hizo llegar a la tela»⁵⁶. Desde luego, empezaba a quedar muy atrás aquel niño al que tenían que llevar en hacanea y teniéndole las riendas. En mayo de 1541 el Príncipe guardaba en su Caballeriza ocho caballos, el castañuelo, la yegua alazana, el rucio Córdoba, el bayo Mendoza, el caballo Nájera, el caballo Bazán, el balaco hobero, y el Cordobilla⁵⁷. Evidentemente, esos animales ya no tenían como cometido servir para que Felipe se ejercitara en la equitación, sino que muy al contrario, aprendidos ya los secretos y técnicas de este arte, su utilidad estribaba en que su dueño participara y se distinguiera en los eventos de la vida cortesana y se integrara con la dignidad debida en las particulares formas de sociabilidad y ceremoniales que en el medio cortesano se estilaban.

Íntimamente unido al ejercicio de la equitación lo estaba el de la caza. A partir de 1540, los juegos cinegéticos y las clases de tiro con ballesta empezaron a ser sustituidos por el pleno ejercicio de la caza. Entre 1539 y 1540 se pagaron a Juan de Serojas una larga lista de objetos relacionados con la caza, para el Príncipe, entre ellos ballestas con sus «gafas», virotos, viras, etc...⁵⁸. El tamaño de las piezas cazadas fue creciendo de manera gradual a la experiencia y a las habilidades cinegéticas que el Príncipe iba adquiriendo. En sus cartas, Zúñiga va informando de los progresos cinegéticos de su hijo. Así, a principios de 1540 estuvo cuatro días en Alcalá de Henares, «donde mató nueue conejos por su ballesta, sin otros que se le fueron heridos»⁵⁹; el 13 del mismo mes cuenta el ayo al César sobre Felipe: «Ayer salió a caça y mató quatro milanos y voló otros dos y tiró a una liebre echada»⁶⁰. Pocos días más tarde llegó por fin el momento tan esperado por Felipe de ejercitarse en la caza mayor. El 19 de mayo escribe Zúñiga al Emperador que el Príncipe había estado en Aranjuez, donde en un ojeo mató más de veinte conejos y dos o tres liebres, y otro día cobró dos gamos, «de que estaba la más contenta persona que nunca se vió»⁶¹. A los pocos días logró cazar dos venados, «el uno de catorze puntas, el otro era un use-ruelo; el grande era harto gordo», según describe su ayo con gozo⁶². Felipe continuó con sus

⁵⁵ Marh. *Niñez y juventud*, op. cit., I, p. 237. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 25-febrero-1540).

⁵⁶ Ocampo, Florian de. *Noticias de varios sucesos acaecidos desde el año 1521 hasta el 1549, copiadas de un códice escrito de mano de Florian de Ocampo*. BNM. Mss. 9936, fol. 80.

⁵⁷ AGS. CSR. Leg. 61. fol. 893r.

⁵⁸ AGS. CSR. Leg. 360. FOL 8.º, [fol. 89r-V].

⁵⁹ March. *Niñez y juventud*, op. cit., I, p. 235. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 9-febrero-1540).

⁶⁰ *Ibidem.*, I, p. 236. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 13-febrero-1540).

⁶¹ *Ibidem.*, I, p. 241. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 19-mayo-1540).

⁶² *Ibidem.*, I, p. 243. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 25-junio-1540).

cacerías en el Bosque de Segovia y en Aranjuez, donde a principios de 1541 mató con su balles-
ta a un gamo, desde una distancia de ciento cuarenta pasos⁶³.

Pero si durante 1540 las actividades principales a las que se había dedicado Felipe habían
sido la caza y la equitación, a partir de 1541 estos ejercicios van convirtiéndose en un mero ejer-
cicio cotidiano, que no precisaban especial instrucción, y se ven desplazados en las cartas de
Zúñiga por ejercicios caballerescos. La equitación y la caza siempre habían sido interpretadas
como un entrenamiento para la guerra, adiestrado Felipe en ellas, parece coherente que se ini-
ciara su aprendizaje en las habilidades propias de un caballero, en justas y torneos. Como en los
ejercicios anteriores, aquí también se denota una gradación en el aprendizaje del Príncipe. Ya
en 1539 se habían comprado varias espuelas, un freno y telas verdes y negras para unas corazas
y la guarnición de un caballo⁶⁴, para que el Príncipe empezara a justar. Pocos años más tarde,
cuando el 6 de febrero de 1541 se casaron en Madrid los Duques de Sesa, Felipe jugó una sor-
tija en honor de los recién casados. Escribe Zúñiga: «En el mes pasado se velaron el duque y
duquesa de Sesa, y aquel día se puso Su Alteza algunas cosas de oro sobre lo negro, porque fue
padrino, y en todo lo demás los honrró, como era rrazón, así aquel día como en yr a ver todas
las fiestas que después se han hecho; y un día corrió la sortija delante de la posada del comen-
dador mayor con máxcara, donde la corrieron otros muchos y lleuó el precio muy dignamente,
juzgado con tanto rigor como si su padre fuera el juez»⁶⁵. Según un anónimo testigo, el premio,
» una copa grande de plata», fue entregado galantemente por el Príncipe a la Duquesa⁶⁶.

A diferencia de la sortija que jugó años atrás, a pie, con sus pajes, ahora Felipe participaba
en el festejo como un hombre, es decir, a caballo. El mismo Ocampo, como hemos visto más
arriba, elogia la lucida y viril destreza ecuestre del joven Felipe en este festejo, en el que proba-
blemente se estrenó públicamente. En los meses siguientes continuó ejercitándose en la sor-
tija: «Su Alteza está muy bueno, y sigue su estudio, y algunos días corre la sortija con tan buen
ayre que parece hartó a su padre»⁶⁷. Ante tan buenas noticias, Carlos V decidió que su hijo
empezara a correr la sortija con armadura, pues su edad y destreza así parecían aconsejarlo,
además de que sería de mucha mayor dignidad: «Don Luis de Çúñiga me escriuió que V. Mgt.
dezía que Su Alteza corriese armado la sortija. Así lo ha hecho algunas vezes y lo hará de aquí
adelante, pues V. Mgt. lo manda, y la medida se le a tomado de unas armas que don Luys dize
que se le an de enuiar de allá»⁶⁸. A mediados de octubre de 1541 todavía no había llegado de
Alemania la armadura: «Con las armas de don Luys de Çúñiga dexó a hazer para Su Alteza hol-
gará quando vinieren; que de armas y libros y virotes y saetas sería Su Alteza malo de hartar»⁶⁹.

⁶³ *Ibidem.*, I, p. 246. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 28-enero-1541).

⁶⁴ AGS. CSR. Leg. 60, fol. 973 r.

⁶⁵ March. *Niñez y juventud*, I, p. 247. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 24-marzo-1541).

⁶⁶ *Apud* Simón Díaz, José. *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid* (1541-1650). (Madrid, 1982), p. 3.

⁶⁷ March. *Niñez y juventud*, op. cit., I, p. 247. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 24-marzo-1541).

⁶⁸ *Ibidem.*, I, p. 249. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 25-junio-1541).

⁶⁹ *Ibidem.*, I, p. 251. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 9-octubre-1541).

Es probable que a finales de 1541 recibiera el Príncipe el arnés de Colmán, pues desde Bugia responde Carlos V a Zúñiga: «Las armas que don Luis de Çúñiga dexó a hazer en Alemania para el Príncipe dize que presto serán en esos Reynos, si ya no son llegados»⁷⁰. Un mes después Carlos V desembarcó en Cartagena y a los pocos días se reunió con sus hijos en Ocaña. Felipe tenía ya quince años, y participó en las justas y torneos que en Toledo y en Valladolid se celebraron para festejar el regreso del Emperador, como atestiguan los grandes gastos para su Caballeriza a principios del año 1542⁷¹. No en vano, aunque en septiembre de 1543 el propio Felipe, desafiado a un juego de cañas, «respondió que no estava ensayado ni diestro para ello», aceptó el desafío y ganó la joya, según Alfonso Enríquez, por «averlo hecho mejor que todos, lo qual fue tan justo que, aunque fuera hijo de un çapatero, la merecía»⁷². Opinión en la que Juan de Zúñiga coincidía:

Su Alteza está muy bueno y el más gentil hombre de armas de esta corte; que esto puede decir sin lisonja; que esta semana passada hizieron una escaramuça de caualllos lijeros, siete por siete. Él y el duque de Alua en el campo, y rrompió sus seis lanças y del espada hizo muy buenos tiros y con muy buen ayre. Verdad es que las lanças no eran tan gruesas como los palançones que yo e visto correr otras vezes en el mercado de Bruselas al conde Palatino y al marqués de Brandamburque y al Gropain⁷³.

Asimismo, el joven Felipe no descuidó su particular armería. Sabemos que el 12 de agosto de 1543 se pagó a Diego de Arroyo por un dibujo de diez piezas de un arnés, y el 3 de febrero de 1544 se le pagó por otro «dibujo de todas las piezas de un arnés, de la manera que han de ser cinceladas, para enviar a Alemania, para que por ello hiciesen un arnés para Su Alteza», y otro dibujo duplicado del anterior⁷⁴. Parece ser que este arnés se corresponde con la llamada «Armadura de lacerías» de Felipe II, que se conserva incompleta en la Armería del Palacio Real de Madrid, fechada en 1544 y atribuida documental y estilísticamente al citado Desiderius Colman Helmschmid y a Ulrich Holzmann⁷⁵. Este arnés de lacerías figura en el inventario de 1594 como «las primeras Armas que su Majestad tubo»⁷⁶. Naturalmente, esta noticia debe interpretarse con excepción de sus armaduras de niño y de aquellas otras corazas, grebas o celadas que o se compraron en España o se tomaron de la Armería de Valladolid para el uso puntual del Príncipe.

⁷⁰ *Ibidem.*, I, p. 297. Zúñiga a Carlos V (Bugía, 14-noviembre-1541), y p. 131. Minuta de Carlos V a Zúñiga (Cartagena, ?-diciembre-1541).

⁷¹ AGS. CSR. Leg. 36, fol. 8, [ff. 182 v y ss].

⁷² Enríquez de Guzmán, Alonso. *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez, Caballero noble desbaratado*. (Madrid, 1960). BAE 126, P. 236.

⁷³ March. *Niñez y juventud, op. cit.*, I, p. 259. Zúñiga a Carlos V (Valladolid, 10-septiembre-1543).

⁷⁴ *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. 5 (1875), pp. 329 y ss.

⁷⁵ Godoy, José A. «La Real Armería». Notas al Catálogo de la exposición *Tapices y Armaduras del Renacimiento*. Joyas de las colecciones Reales. (Barcelona, 1992), pp. 166-169.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 166.

Este arnés fue uno de los frutos del gran número de justas, torneos, sortijas y juegos de cañas que se celebraron entre 1543 y 1544, con motivo del enlace de Felipe con D.^a María de Aviz. Tratar sobre estos festejos, entre los que incluso se organizó una naumaquia, sería demasiado prolijo, y no nos ajustaríamos a la concisión que se nos exige, pero debe resaltarse cómo en ellos podemos observar a un príncipe de diecisiete años que, plenamente formado ya en su papel de caballero cortesano, se nos muestra ducho en todos los ejercicios varoniles y militares. Pero, ¿qué tipo de formación militar era ésta? Como acabamos de decir: cortesana, ceremonial y festiva, en ningún caso el Príncipe había pisado un campo de batalla real. A pesar de que Sepúlveda llegara a insinuar lo contrario, la idea de que Felipe se halló presente en la Campaña del Rosellón, en 1542, ha sido desechada. Erika Spivakovsky ya lo demostró en su momento⁷⁷, y nuestro estudio de sus Libros de Cámara lo confirma. En ellos no hay gasto alguno para tal evento militar. Ciertamente, la primera vez que Felipe II estuvo en batalla fue en San Quintín.

La razón de esta carencia hay que buscarla en Carlos V, quien nunca permitió que su hijo y único heredero arriesgara la vida o la fama en la guerra, a pesar de que Felipe, en múltiples alardes de valentía juvenil se ofreció a ello. En 1541, sus anhelos de ir a Argel tuvieron que ceder a las necesidades de gobierno: «Su Alteza está muy bueno y no con poca voluntad, si tuuiese libertad, de yr a servir a su padre, como lo hazen otros muchos»⁷⁸. Diez años más tarde Felipe se ofrecerá a acompañar a las tropas que reclutaba para el socorro de Alemania: «quisiera hallarme allá para servir a Vuestra Majestad en esta jornada»⁷⁹. Y ante el silencio del César, Ruy Gómez de Silva, escribiría al secretario Eraso: «Su Alteza queda con tanta pena de lo que acá se pudiera pensar, que cierto no sé si ha de hacer alguna cosa de su persona»⁸⁰. Sin embargo, Carlos V necesitaba a su hijo en España, organizando los preparativos militares, y consideraba que su ida, ya en pleno invierno, sería para nada o en desmerecimiento de lo más conveniente y necesario a «nuestros estados»⁸¹. En realidad, el Emperador intentaba evitar por todos los medios que la presencia de su hijo en Alemania hiciera inútiles sus esfuerzos conciliatorios con los príncipes del Imperio. Una vez más, los imperativos de la política frustraron los ímpetus guerreros del joven Felipe, truncando su formación militar y desviando uno de los verdaderos objetivos de su aprendizaje social.

A este respecto, el contraste con Luis de Requesens resulta muy revelador. Criado con el Príncipe, su formación militar había corrido paralela. Los mismos ejercicios, los mismos juegos, idénticos torneos. Como Felipe, Luis fue armado caballero de Santiago a muy temprana edad, con sólo nueve años⁸². Y, sin embargo, el uno se quedó entre sus papeles, y el otro se con-

⁷⁷ Spivakovsky, Erika. «The legendary Firts Campaign of Philip II». *Renaissance Quaterly*, XXI, n.º 4 (1968), pp. 413-419.

⁷⁸ March. *Niñez y juventud*, op. cit., I, p. 250. Zúñiga a Carlos V (Madrid, 25 de agosto de 1541).

⁷⁹ Fernández Álvarez, Manuel. *Corpus Documental de Carlos V*. (Madrid, 1997). III, p. 423.

⁸⁰ AGS. *Estado-Castilla*. Leg. 89, fol. 731.

⁸¹ Fernández Álvarez. *Corpus*, op. cit., III, pp. 480-483.

⁸² March. *Niñez y juventud*, op. cit., I I, p. 337.

virtió en uno de los grandes militares españoles del Quinientos. ¿Por qué? En realidad gracias a un error en 1550, durante un torneo que se celebró para agasajar al Príncipe en Flandes, Luis derribó a su joven señor. Felipe se negó entonces a admitirle entre sus gentiles hombres, a pesar de las presiones de Carlos V, y Luis, el amigo de la infancia, tuvo que regresar a España, donde en 1552 fue proveído como Capitán General de las galeras santiagoñas⁸³. Aquí se inició su praxis guerrera, y el cortesano se convirtió en el militar de las Alpujarras, de Lepanto y de Flandes. Felipe II, en conclusión, careció siempre de esta experiencia. Su aprendizaje social se limitó a una formación caballeresca, cortesana. Luis de Requesens, en cambio, dio el salto al campo de batalla. Felipe tardó demasiado tiempo, en San Quintín había cumplido ya los treinta, y la época de los monarcas-guerreros, al estilo de su padre o de Francisco I, había pasado. Éstas, y no otras, son las razones que motivaron su escaso protagonismo guerrero en la Historia, aunque para comprender en toda su dimensión el perfil militar de Felipe II, sus ideas acerca de la guerra y sus estrategias políticas al respecto, sea necesario abordar las otras dos facetas arriba señaladas de su formación: su educación y su preparación administrativa mientras fue gobernador de España en su juventud. Más adelante abordaremos estos aspectos.

⁸³ March, José María. S. I. Don Luis de Requesens en el gobierno de Milán. 1571-1573. (Madrid, 1943), p. 11.